CELSO VÍCTOR TORRES

TRADICIONES EN SALSA ROJA

MANO IZQUIERDA EDITORES

Celso Víctor Torres
Tradiciones en Salsa Roja

Edición bajo el cuidado de
Mano Izquierda Editores.

Portada: Photo by Nadya Filatova on Unsplash.
Contraportada: Photo by Sara Dubler on Unsplash.

Fotografía del autor recuperada de la web:
http://undiacomohoyhuaraz.blogspot.com/2011/11/don-celso-torres.html

Circa, Lima – Perú, 2022.

ÍNDICE

Celso Víctor Torres, fotografía del autor	4
Proemio	5
La Pinga de Bolívar	8
Don Pancho y Don Anselmo	9
Aguante, Pujante y Rempujante	10
Aventuras de Pavita	11
Un tetudo	14
Una patacabra en Andalucía	15
El as de oros y la confusión	16

Fotografía del Autor

Celso Víctor Torres Figueroa
(1859—1918)

TRADICIONES EN SALSA ROJA

Proemio

En Caraz, dos años después de que esta ciudad se convirtiera en capital de la provincia de Huaylas, nace en 1859 un 28 de julio, Celso Víctor Torres Figueroa, también tradicionista. Fue orador de alto nivel, poeta, periodista, compositor y músico.

Tuvo una amistad meramente epistolar con Don Ricardo Palma Soriano, aunque no se conocieron personalmente. Su amistad fue de tal magnitud, que cuando Palma escribe las *Tradiciones en Salsa Verde*, le saca dos copias manuscritas, una de las cuales le dedica a su amigo de Caraz, que es leída en muchas tertulias.

La influencia de Palma en el provinciano Torres es evidente, pero la humildad de Torres también es un ejemplo seguido por Palma. Son atribuidas a Celso Víctor diez tradiciones que son de innegable procedencia por sus expresiones, sus términos quechuas y la ubicación geográfica en que se ambientaron.

Las siguientes tradiciones son las consignadas en la obra de Palma, "Tradiciones Peruanas" de la edición Espasa del año 1966:

Tomo 1—Pag. 3: Palla Huarcuna
Tomo 2—Pag. 406: La Justicia de Bolívar
Tomo 3—Pag. 28: Orgullo de cacique
Tomo 3—Pag. 399: A muerte me huele el godo
Tomo 5—Pag. 405: La vida amorosa del Padre Chueca
Tomo 5—Pag. 103: La vieja de Bolívar
Tomo 5—Pag. 105: Las tres etcétera del Libertador
Tomo 5—Pag. 5: Los coronguinos
Tomo 5—Pag. 115: Quién toca el arpa
Tomo 5—Pag. 149: Un santo varón

Los temas salpimentados son avaladas por las anotaciones de Palma: *«estos apuntes me fueron remitidos de Caraz por Celso V. To-*

rres, julio 1898» y al pie de otra carta, el tradicionista escribió: *«varios de éstos relatos me han servido de temas para escribir algunas tradiciones»*, con lo cual confirma la fluidez epistolar entre ambos personajes.

Resultó que Celso admitió, en varias oportunidades, haber tenido en sus manos *«un manojito de tradiciones autógrafas de exquisito sabor pornográfico»* que Palma le remitió lo más probable, como obsequio de cumpleaños, en julio de 1900. Celso contestó en otra carta, el haber devorado cada una de las tradiciones de prominente punta, a lo que Palma, al pie de dicha misiva se vio obligado a aclarar el origen de tales narraciones.

La colección al que se refiere Don Celso, es una de las 25 tradiciones pornográficas titulada *Tradiciones en Salsa Verde*. Escribió Palma: *«hice sacar de ellas 2 copias, obsequiando una a Don Celso y otra a Carlos Basadre, con encargo de que no consideraran en que se impriman, ni saquen copias de ellas. Son solo para ser leídas en la intimidad y en ratos de buen humor»*.

En el año 1900, el propio Palma proscribió estas tradiciones de origen caracino, y pidió a sus amigos la mayor discreción sobre su existencia, motivo por el cual se mantuvieron fuera del alcance del público por varias décadas. La colección que entregó a Basadre, después de muchas peripecias, fue vendida a la Universidad de Duke, EEUU. Años después, y mediante la solicitud del historiador Jorge Basadre, la Universidad de Duke envió un microfilm, recortado y corregido, a la Biblioteca Nacional de Lima y a la Pontificia Universidad Católica del Perú, con solo 18 narraciones.

Las *Tradiciones en Salsa Verde* sirven como referencia para dar cuenta del otro lenguaje usado por los Libertadores. Quien era muy conocedor de todo esto fue Celso, ya que Bolívar y su ejército permanecieron dos años en el Callejón de Huaylas.

La Parroquia de San Ildefonso de Caraz, ayudó con 25 mil onzas de oro y plata, para el pago del ejército Libertador, que se preparaba ante las campañas de Junin y Ayacucho.

Las *Tradiciones en Salsa Verde*, según la copia que tuvo Celso en sus manos, son las siguientes:

1.—La Pinga de Bolívar
2.—El carajo de Sucre
3.—Un desmemoriado
4.—La maldición de Miller
5.—El clarín de Canterac
6.—La consigna de Lara
7.—Tajo o Tejo
8.—El clavel disciplinado
9.—Otra improvisación del "Ciego de La Merced"
10.—De bueno a bueno
11.—El lechero del convento
12.—La cena del Capitán
13.—Una chanza de inocentes
14.—Una misa al escape
15.—Matrícula de Colegio
16.—Fatuidad humana
17.—La cosa de la mujer
18.—Un calembourg
19.—Pato con arroz
20.—Los inocentes
21.—La moza de gobierno

Lo interesante del índice anterior, es que se mencionan tres tradiciones que no aparecen publicadas en la primera edición de 1973, que contiene apenas las 18 tradiciones conocidas.

Por su parte, Celso editó sus versos y huaynos en 1888. Luego, otro manojo de huaynos en 1903, editada por la Editorial Prince. Algunos de estos huaynos aún se escuchan, entre ellos: "Llora Llora Corazón", "Pañuelo Blanco", "La Caracinita", entre otros. Celso murió el día 12 de noviembre de 1918, a los 59 años, dejando para la posteriodad su obra, las *Tradiciones en Salsa Roja*.

En Lima, el 28 de julio del 2005 en la Iglesia De la Encarnación, por sus 144 años de nacimiento y 85 años de su muerte, su nieto el Ing. José Torres Asurza mandó celebrar una misa solemne, en el que se entregó a los asistentes, como un recuerdo, un ejemplar de las *Tradiciones en Salsa Roja*, de tapas rojas con letras doradas, el cual contenía siete tradiciones caracinas, que confirman lo de *«la moral no reside en la epidermis»*.

LA PINGA DE BOLÍVAR

En enero de 1879, don Camilo Landavery, llamó a don Fernando Ángeles y Castillo, que pasaba de *«buen horticultor»* para que le formara una huerta en Condormarca, en las afueras de la ciudad de Caraz. Don Fernando aceptó el compromiso y entraron a tratar sobre el precio y estimó su trabajo en 100 pesos, nada de soles. Don Camilo creyó muy alto el precio y le obligó que le rebajara.

Don Fernando lució su látigo financiero:

—Oiga usted, don Camilo, no todo ha de ser plata; porque lo que vale plata, plata es. Usted tiene ricos quesos que se comen con cuchara; también recibo. Usted tiene ricas papas que parecen yemas de huevo; también recibo. Usted tiene ricos chanchos calatos que con poca cosa engordan; también recibo. Usted tiene trigo de barba negra, que cada saco es de 20 a 25 pesos de pan; también recibo. Usted tiene vacas que cada ubre da un balde de leche, también recibo. Usted tiene ricos carneros que cada criadilla cabe una olla; también recibo...

Don Mariano Landavery, hermano de don Camilo, que impaciente escuchaba la factura, se levantó airado y ensañando los puños a don Fernando, le dijo:

—¡So carajo, ¿no quisiera usted la pinga de Bolívar?.

Don Fernando un tanto reincorporado de la primera sorpresa, le contestó:

—Siendo a buen precio, también recibo. No se moleste usted, don Mariano, porque hablando se entienden las cosas.

Caraz, julio 12 de 1898.

DON PANCHO Y DON ANSELMO

Don Francisco de San Bartolomé, quien pertenecía a una linajuda familia caracina, falleció en octubre de 1895. Fue el Oráculo de Delfos en la ciudad de Caraz. Quien no consultaba con él en asuntos jurídicos, pues era rábula, no se metía tan fácil a un pleito, entendido que don Pancho era el hombre más moral, calmoso y noble que dio la naturaleza creadora.

En octubre de 1868, fue actuario de un juicio de división de bienes, ubicado en el valle de Yanahuara, los mismos colindaban con las propiedades de don Anselmo Alvares y dividido por un cerco de pencas.

Don Anselmo habría preferido no hablar en quechua, por decir que era castellanero hasta la médula y no era tal Don Pancho, perito común nombrado, quien andaba con su cordel, observando las reglas de la agrimensura y haciendo sus trazos. Y como el sitio no se prestase para la facilidad de sus labores, saltó entre pencales limítrofes.

Don Anselmo, que estaba en sus propiedades con tramojo en mano lo detuvo, diciéndole:

—Sepa usted, don Pancho, que esta pinga es de mis cojones, y no puede entrar en la partición de bienes ajeno.

Quería decir don Anselmo, que la penca era de sus mojones.

Don Pancho se quedó lelo, mientras el Juez, su escribano y los circundantes se tendieron de risas. Con la sorpresa, había creído que don Anselmo no se refería a los linderos, sino a las bragas, porque en este acto terció el poncho al hombro y se puso en facha de pugilato y en tono altanero que parecía estar beodo.

Caraz, agosto 5 de 1898.

AGUANTE, PUJANTE Y REMPUJANTE

En el año de 1850, había en los arrabales de Pueblo Libre, una especie de *mosquita*, de lo cual eran moradores un tal Manuel Vergara, conocido con el alias de *Soko Loro*, insigne violinista; su mujer Manuela Pacheco, conocida como *Aguante* y su hija Toribia Echevarría, a la que la conocían como *Pujante*. Rematando el cuaderno, una nieta de la Pacheco era conocida por la *Rempunjante*.

La *mosquita* era la más apropiada para los bodrios y jolgorios. Los barrios aquellos eran una verdadera feria; y no podía ser menos, porque la *Pujante* tenía atractivos seductores. Nadie pasaba sin admirar los encantos de la *maltona* (joven dama) siempre que por casualidad la veía o llegó a tal extremo la forma de su singular donaire, que todos los adalides hacían sus aprestos bélicos, desde los pueblos más remotos, para dar una puntería errada o certera. Pero era condición *sine qua non*, que todos tenían que concertar con la *Aguante,* alguna entrevista con la *Pujante*; y como tanto va el cántaro por agua hasta volver sin asa, las malas noches y la bebendurria, dieron en atacar a la *Aguante* con un fuerte dolor en el costado pulmonar.

La nieta *Rempujante* tuvo que vérselas con el doctor Lucas Mongarás, quien para orientarse del estado de la enferma y ver si esputaba sangre, le preguntó:

—¿Y esputa?

—No, señor, nunca ha sido puta, sino sólo alcahueta de la hija.

Caraz, octubre 14 de 1898.

AVENTURAS DE PAVITA

Ha pasado a la tradición el nombre de Víctor Caballero, más conocido como *Pavita*, por sus aventuras obscenas que terminaron cuando falleció en el año 1888.

En aquellos años, era mucha aventura para una *maltona* (una joven dama) salir de su casa a solas, sea de día o de noche. Pavita era ubicuo; pues en todas partes se oía el *¡Ay!* desesperado de ellas que gritaban por huir de sus garras. A cada rato se presentaba el cuadro vivo del rapto de Proserpina por Plutón.

No le importaba a Pavita que la mujer fuera casada, viuda o impúber. Era costumbre, el grito atronador dado en las calles de un beodo *¡huaaaajullé!* Este grito daba Pavita para acompañar y confundir al que daba la desgraciada, aprisionada entre sus garras; de manera que, cual maullidos del gato en coito, era ya conocida la interjección en dúo de *Pavich*, diminutivo de su epíteto.

Si pescaba a la *maltona* en alguna huerta o solar ajena, se hacía pasar como el dueño y aparentaba pescar *in fraganti* al ladrón de sus sementeras, a quién había acechado por largos años. Sacaba de su faltriquera unos papeluchos que nunca le faltaba: ellos hacían las veces de órdenes judiciales para la captura del malandrín que causaba daños en su hacienda. Tras este preámbulo, estaba lista la víctima para el holocausto.

Si el arrastre era en la noche, se hacía coherente de los juzgados; y con sus consabidos papelitos de órdenes judiciales, hacia la captura *ipso tacto*; y una vez que la *maltona* le daba el nombre, le aseguraba que en la orden rezaba su nombre entre las implicadas en hurtos domésticos, que a la sazón se había consumado.

De suerte, no había excusa a favor de la desdichada; y unos tunos sacaron la siguiente copla:

Ama pakaspa puricunquichhu
Víctor Pavahuan tincumunquimán;
Kenticachecar lancarishunqui
Unchicacharir catashunquitsm.

Traducción:

No andes pues en las horas de la noche
Quizás te encuentres con Víctor Pava;
Retorciéndose te va a tocar
y agachándose te va a cargar.

Con esta conseja o aviso poético, caían a la trampa sólo las incautas forasteras, que siempre los sábados y domingos venían a la especie de feria semanal, que hay en la Plaza de Abastos de Caraz.

Una *maltona* vivía en los arrabales de la ciudad y había cerrado la puerta de su casa hasta con piedras, porque Pavich le dirigió un piropo en plena Plaza; y para baluarte suyo, la supra dicha, se había llevado un muchacho de 10 a 12 años. Pavich llamó a la puerta, y como no se le abriese, abrevió la entrada escalando la casa.

La maltona había escapado por la puerta y Pavich, creyendo que el muchacho fuese la presa, acometió, no embargante los gritos y lamentos lo acometió.

Dada la puntería para la descarga eléctrica, el muchacho tras los fruncimientos, cruzó las piernas, dentro de las cuales quedó el pene como cafla en trapiche. Pavish contento de haber acertado la mira, hizo su descarga. El muchacho decía gritando:

—¡Soy hombre!

—No te salva en cambiar *in nomine* tu sexo; y *adentro fieles y afuera cascabeles*, se consumó pues un *pecado nefando* que la religión no califica ni de moroso ni de sodomita, sino declara simplemente la efusión seminal que raya en molicie.

Pavich salió a contar su triunfo a dos amigos que le esperaban para entrar de reserva en el combate; y tras él brincó el desgraciado muchacho que acababa de ser blanco de la descarga cerrada, enseñando la mano chorreada y lleno de gluten, que cada vez más crecía en sobrecogimiento el exhibir en ella (la mano) todo el licor seminal, que aún no conocía por inexperto o por momentos olía y a ratos re-

fregaba ya en el pantalón, ya en el saco; y correteaba invocando a los santos del calendario.

Caraz, octubre 31 de 1898.

UN TETUDO

En el primer gobierno del General Castilla, se nombró Subprefecto de la provincia del Santa a un *pega*, uno de esos que no tienen con qué limpiarse las manos sucias y tienen uñas de gavilán.

Uno de los negros esclavos que abundaban en la costa del departamento de Ancash, encontró dos zurrones de plata goda y no sólo afectando honradez, sino embebido de fanatismo, llevó el par de zurrones al Subprefecto de la provincia, con todo lo que contenía sin guardarse ni medio real.

El hallazgo no pudo ser mejor para el famélico Subprefecto. Inmediatamente hizo llamar a buen recaudo al negro y ordenó que a calzón pelado se le diera cincuenta ronzalazos, orden que en cerrar y abrir los ojos ejecutó.

Es de suponer que el negro no sólo quedó molido sino derrengado; y puesto en libertad, se dirigió a la Subprefectura demandando audiencia y *encartándose* al Subprefecto, le dijo:

—Señor, el hallar una fortuna de procedencia desconocida y entregar a la autoridad, creo que no envuelve ningún crimen y lejos de eso, es diario de gratificación.

—Bellaco, debes callarte y no venir con interpelaciones —contestó el Subprefecto.

—Señor, de cualquier lado que se mire, creo que no ha habido razón para dejarme tan mal parado con castigo tan inmerecido; y desearía saber por qué su señoría me ha mandado flagelar —replicó el negro.

—¿Por qué?... ¡Por tetudo! No debes haberme entregado este dinero, ni tampoco a persona alguna. Con lo que contiene ambos zurrones, debes haberte libertado de la esclavitud y quedar caballero, con el consiguiente don, e irte a Lima a vivir de la opulencia, como lo haré yo.

Y diciendo esto, despidió al negro, que desde entonces se le conoció por “El Negro Tetudo”.

Caraz, abril 5 de 1899.

UNA PATACABRA EN ANDALUCÍA

Una guapa doncella a quien perseguía un mozalbete de tromba y trueno, cual cumple a todo tenorio, en obsérvemela a las costumbres lugareñas, se dirigió al campo a coger ramas de retama. Pero el enamorado que le seguía la pista, le echó la zapa. ¡Cataplum!... la violó sobre el mullido césped y dentro del precioso follaje de las retamas.

La doncellica de momentos antes, y si desflorada, se dirigió a su casa, azar citada, llevando sobre la cabeza una buena porción de retama.

La casualidad hizo que a pocos pasos del bosque encuitado, la andalucita se encontraba con una camarada suya, quién dirigiéndose a ésta la saludó:

—¡Qué florida vienes! y la chica creyendo que le decía qué jodida vienes, contestó:

—Qué quieres que haga, ese pícaro mancebo me trajo en tierra y arremangándome los fustanes, sacó dentro de la bragueta una *patacabra* (uña partida) y me bruñó el ombligo, que casi me la revienta por su dureza y por su modo de operar con rapidez, pero felizmente dio con la madera a donde introdujo la patita. Así es como he escapado de estar despanzurrada, y aunque dolía mucho, tal asunto se hizo más llevadero.

Caraz, enero 28 de 1900.

EL AS DE OROS Y LA CONFUSIÓN

En las postrimerías de la guerra con Chile y en los lares del Callejón de Huaylas, había profunda inquietud por la guerra civil. Vivía el indígena Manuel Matienso, muy metido a gente, pero malcriado y burdo, solterón entonces que sólo a la muerte de un obispo encontraba una mujer para la cópula.

Una mañana entró a pedirle un poco de perejil una vecina suya, a la huerta de hortalizas que tenía junto a su casa. La echó mano, y no obstante sus esfuerzos, la llevó a la cama; y puesta la mujer, sólo en el borde, la arremangó la pollera y la alzó las piernas, y en vez de puntearla por la vía húmeda, le clavó el tarugo por *el as de oros*, sin duda, porque la colocó mal en la cama, y alzó el punto y la mujer gritó:

—Mañuco, ¡no seas bárbaro! ¡*No es por ahí*, te has equivocado!

—Yo sé más que tú, so imbécil, contestó Manuel; y luego se despachó por donde había empezado.

No había pasado una hora cuando se le presentó una viejecita llamada Eufracia, que llevaba ínfulas de beata y mostrándole un par de aretes le dice:

—Don Manonguito, vengo con una súplica, hágame el favor de prestarme un sol en prenda de esta alhajita.

Manongo, sin pensar o si pensó, daba lo mismo *romper que desarrugar*, la agarró y la arrastró al cuarto y principió igual función que la anterior. La vieja, que de suyo era beata y ya jubilada, gritó:

—¡Dios le confunda!

Manuel, creyendo que quizá se trataba de la confusión de momentos antes, contestó:

—¡Qué confusión ni confusión! Hoy he acertado al punto — y consumó el golpe. Ahí quedó eso, no le dió ni un centavo, ni en remuneración, ni prestada y la despidió de su casa.

Caraz, setiembre 2 de 1900.

FIN DE LAS TRADICIONES
EN SALSA ROJA.

MANO IZQUIERDA EDITORES